

Ventana ciega

© 2024 | José Ángel Cilleruelo

© 2024 | Mixtura Editorial SL, Sant Boi de Llobregat

DISEÑO | Ferran Fernández

MAQUETACIÓN | Elena Aguilar

ILUSTRACIÓN DE LA PORTADA | Carol Gómez Pelegrín

ISBN | 978-84-125513-8-9

DEPÓSITO LEGAL | B 5047-2024

IMPRIME | Estugraf

Impreso en España | *Printed in Spain*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.cedro.org; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).



www.mixturaeditorial.com

José Ángel Cilleruelo
VENTANA CIEGA

mxtura

I
Ventanas de la Casa Ámbar

El lápiz de Emily ilumina la blancura cuando sombrea las palabras.

*

Lánguidas cortinas, solo el viento las hace bailar y enloquecer. Pero las ventanas de la casa de Main Street permanecen cerradas.

*

No vierte el pigmento en el disolvente, ni lo revuelve, tampoco acumula el resultado en paleta alguna, ni selecciona para el trazo las cerdas de un pincel. No coloca un lienzo en ningún caballete. Emily abre el cuaderno, unta la pluma en el tintero y caligrafía «El murciélago es pardo».

*

Cuando llegue el nuevo inquilino a estas tierras tendrá que quitar las sábanas que cubren los muebles y volver a extender por todas partes los colores y los barnices con los que hemos soñado durante el invierno.

*

Emily y Miró contemplan, sentados en la orilla y a su espalda las bicicletas abandonadas sobre la hierba, el estanque quieto. «La quietud no existe, la luz todo lo contorsiona», dice el pintor. «Es el lenguaje», susurra Emily.

*

Acerca a la lumbre del fogón el candil que se ha quedado con la cazoleta del aceite vacía, y arde.

*

Veo al herrero sentado junto a la fragua. Se acerca una ascua al cigarrillo y lo prende. Ha dejado el martillo en pie junto al yunque. Me mira, pero no me ve.

*

«¿Te gusta cómo queda el poema inscrito en un triángulo?», pregunta Pessoa mientras levanta los remos del agua. Emily deja de contemplar el atardecer y le sonrío: «¿Quién te ha contado que escribo en los sobres de las cartas que me envías?». «Nadie: es lo que yo hago».

*

El día en el que el silencio recorra las calles de Amherst vestido de tamborilero.

*

Cuando se levanta porque una palabra se ha colado en la galería y aletea sin hallar una salida, la pluma continúa, aunque ya no sea la mano de Emily quien la sujete.

*

Existe una mariposa blanca que despierta al paso que la oscuridad tiende su capa de terciopelo sobre el paisaje. Y mientras se confunda con el papel, vuela.

*

Entre estas copas que rodean la casa de luz ámbar se oculta una pequeña orquesta que interpreta cada tarde de verano idéntico programa, y, sin embargo, cada tarde suena diferente. Sobre todo, en invierno.

*

«Hay algo, no te apenes —le advierte Joan Maragall mientras comba las guías de su bigote—, que no muere». La rosa que alguien ha cortado, abandonada sobre una piedra. «En efecto, la muerte», le susurra Emily.

*

En la plaza de Amherst bombillas encendidas, caballitos que suben y bajan, barcas que van por el aire y coches de bomberos con campana en la curva perpetua del carrusel.

*

La nada, un grano de azúcar en la balanza donde se pesan los ingredientes antes de amasarlos.

*

Cuando se detenga la abeja sobre los estambres, y antes de que eche a volar con su cargamento de dulzores, te habré visto no decírselo a nadie.

*

En el interior de una nube. Donde vives lo mismo que has vivido.

*

En qué cajón de qué armario dentro de la Casa Ámbar, sobre qué alacena, en qué arquilla. Dónde. Que sigue estando, aunque no esté.

*

Quien despega la etiqueta del tarro donde quiere guardar la mermelada hecha en casa. El único lector.

*

Una historia que concluye en el mismo instante en el que el narrador se ha sentado a contarla.

*

«Mr. Hemingway, me gustaría saber una cosa —repone Emily mientras se abanica de pura timidez—, ¿no tuvo nunca la sensación de haber llegado a un lugar donde no debería haber ido?». «Jamás». «Ve, Ernest, en eso somos iguales».

*

Al salir de la Casa Ámbar, te giras y ves la ventana. Si en ese momento te asomaras, te verías a ti misma contemplando cómo te alejas.

*

Algo queda en el camino después del paseo. Sobre la arena, la huella de las sandalias; entre las hojas de la vid, un racimo menos; dentro del estanque, aquel pensamiento.

*

Delicado enigma. Huidizo y al mismo tiempo dispuesto al encuentro. Un claro en mitad del bosque.

*

El hatillo por el suelo, sentado en la arena, los jirones del abrigo por mantel, las sucias manos hacia la boca con el dulce. Una felicidad mayor en el rostro lo haría estallar.

*

Un sueño que aún no distingue la estación donde tendrá que apearse.

*

«¿Un poco más?», le ofrece con la tetera en la mano.
«Emily, ¿cómo... abstenerse?», balbucea, inconcreto.
«Ay, Mr. Donne, siempre buscándome las cosquillas».

*

Ah del ladrón que deja aquello que se lleva y que se lleva aquello que no ha encontrado en su hurto.

*

El pescador lanza la red, la recoge llena y luego devuelve lo pescado al agua. Para que cuando vuelva a extender la trampa regresen los mismos peces.

*

No hay ocasión en la que te hayas sentado en la silla, Emily, sin mostrar «una actitud de vuelo».

*

Cuando las niñas y los niños se habían ido, se quitó el sombrero rojo y la falsa nariz, se lavó la cara en un barreño y guardó los zapatos exageradamente grandes en un saco de arpillera. Le vi desaparecer, ya mortal, por Main Street, tras los árboles.

*

Ignora qué es un cabo, hacia dónde deben mirar al oír «estribor», para qué sirve un sextante, pero embarca con alborozo en cada una de sus frases de montañés.

*

Un rincón será suficiente, le dijo el rincón a la mirada que carecía de lugar.

*

«¿Soy la única que sé quién eres, William?». «Eso en realidad ya no le importa a nadie, ni siquiera a mí, lo relevante es que soy el único que sé quién serás, Emily».

*

En el porche se descalza las botas embarradas por los caminos invernales el silencio.

*

Arranca las hojas secas, una mata que estorba, mima los brotes. Riega. Deja el cántaro en el suelo para anotar algo en un papel. Curiosa, la tarde lo lee de refilón por encima de su hombro.

*

Sobre la esfera del reloj de pared, hechizado por el dorado de las agujas, un abejorro que se ha colado por la ventana.

*

Eres la niña que pasea entre los que siempre están ahí y descubre que por la puerta por donde ha entrado puede volver a salir.

*

Está dentro del cofre. La moneda de cinco centavos que encontró tirada en la calle un día. Solo un destello de níquel en medio de la inmundicia. La guarda desde entonces. A veces la mira.

*

Incluso anduvo perdido un rato por Main Street. Vi cómo buscaba en el aire el nombre de la calle, pájaro que al parecer había emprendido el vuelo. Y siguió tras él.

*

Sin atril, sin atildado director, sin orquesta. Se ha detenido en una rama. Solo se calla cuando me levanto para escucharlo más cerca.

*

«¿Va a venir mañana a verme, Mr. Bashō?», le pregunta Emily desde la puerta que acaba de abrir al visitante desconocido. Matsuo enrojece, luego su palidez se acentúa. «Le comprendo. Pase sin miedo. Nadie sabe qué significa mañana».

*

En el alféizar de la ventana, al oreo, unos zapatos. Acharolados, relucientes. Para quien camina descalzo, una razón para no seguir adelante.

*

Fuera hay demasiada luz como para que se pueda ver algo cuando se mira.

*

Sales por la mañana de la Casa Ámbar con la cesta de mimbre llena de arándanos, hongos, serbas maduras y grosellas. Regresas al caer la tarde con el brazo ligero, bamboleándose el canasto a tu paso.

*

La mañana de lluvia, oscuro funcionario, sella impresos, uno tras otro, sin que nada la inmute.

*

Sentado al atardecer el sol fuma. El chasquido de la mecedora pauta el tiempo. Una niebla oscura cubre el día, que se ha tumbado en el porche como un perro a las puertas de una casa vacía.

*

Un adagio en el violín de un principiante le proporciona a la luz de la tarde la pátina del bronce.

*

«Me encantaría revolver en tu celda, Francesco, un día en que estuvieras ausente». «¿Para qué, Emily?, encontrarías lo mismo que tú guardas en el cajón». «Pues te dejo que lo mires mientras voy a buscar el té».